



GLOTONERÍA

Muy mal vista en reuniones sociales

FILOLOGIA

Dos diccionarios desautorizados

- Citas, pensamientos curiosos y lugares comunes ordenados con humor
- El lenguaje del hampa en tratamiento equivocadamente salaz

"Diccionario de voces desautorizadas", por Alfonso Calderón. Ed. Nascimento. Santiago, 1979. 127 pp.

"Diccionario coa", por Armando Méndez Carrasco. Ed. Nascimento. Santiago, 1979. 139 pp.

Dos diccionarios de escritores chilenos que, fuera de haber aparecido simultáneamente en la misma editorial y tener en sus títulos una palabra común, son diametralmente diferentes.

El libro del poeta Alfonso Calderón constituye un repertorio breve de citas de lecturas, lugares comunes, aforismos y sentencias, ordenados alfabéticamente. Su singularidad reside en la elección traviesa de los textos que otorga a la obra una fina calidad de humor.

Por ejemplo, la palabra *séquito*: "El duque apareció seguido por su séquito, que

andaba adelante" (Alfonse Daudet). No faltan, al contrario pecan por cierto exceso, las citas del *Manual de urbanidad y buenas maneras*, de Manuel Antonio Carreño, que tan profusamente utilizara el dibujante *Oski* para apoyar sus caricaturas. Pero no es malo recordar algún consejo del maestro Carreño:

Glotón: "Abstengámonos de manifestar directa o indirectamente en una reunión el deseo de que llegue el momento de sentarnos a la mesa. El incurrir en semejante extravío no sólo envolvería una falta de civilidad y de cultura, sino que daría muy mala idea de la dignidad de nuestro carácter, y arrojaría sobre nosotros la fea y desagradable nota de glotonas, ya que no hiciese pensar que habíamos allí concurrido tan sólo con el objeto de comer".

Las citas provienen de los libros y autores más inesperados. Calderón demuestra ser un lector constante y metódico de Alejandro Dumas, cuyas obras le dan pábulo para muchas citas que algún mal pensado calificaría de intencionadas:

Gobierno: "¿Son entonces tan imbéciles en este país que se dejan gobernar por las ideas?" (A. Dumas, *Memorias de un médico*).

Septembrista: "Pronunciáronse los nombres de criminal y asesino, y hasta una palabra nueva había sido agregada al vocabulario de la nación: la de septembrista" (A. Dumas, *El caballero de Casa Roja*).

Pero lo que impera en este diccionario es el espíritu lúdico que retoza rememorando una frase de una olvidada película de



HABAS Papilionáceas de cocción ubicua

Humphrey Bogart: “—Está bien, nena, se descubrió el juego”, o reproduciendo los chistosos epígrafes que encabezan los capítulos del *Curso de economía moderna* de Paul Samuelson: “Incluso de un papagayo se puede hacer un buen economista político con sólo enseñarle estas dos palabras: *oferta y demanda*”.

Además del caprichoso universo de las citas, el autor incursiona en el mundo de los lugares comunes, inspirador de un *Diccionario* de Gustave Flaubert y de un curioso catálogo de Pierre Daninos, *Le jacassin*, en los que se clasifican prejuicios, tópicos y frases hechas.

Como los anteriores, Alfonso Calderón emprende también el repertorio de la humana tontería.

Bulto: “Según consejo popular, hay que escurrir siempre el bulto”. **Duda:** “En caso de duda, abstenerse siempre”. **Extremos:** “Los extremos se tocan”.

Futuro: “Siempre ‘nos pertenece’, ‘es nuestro’”. **Gustos:** “Sobre gustos, es fama, no hay nada escrito”. **Habas:** “Se cuecen en todas partes”.

Y así, yendo a la caza de citas, el autor construye una obra de lectura amena en la que se mezclan la erudición irreverente con la sonrisa pícaro de niño maldadoso que se regocija junto con el lector.

Armando Méndez Carrasco es novelista y cuentista. Su obra (*Juan Firula, Cachetón pelota, ¡Ordene, mi teniente!*, etc.) ha resultado especialmente interesante para algunos lexicólogos ya que, con fidelidad, reproduce en sus libros el habla popular y delictual con dedicación y deleite salaz. Un eminente crítico —Silva Castro— calificó el habla de sus personajes como “una jerga sucia y descompuesta”.

Se incorpora ahora a los quehaceres académicos con su *Diccionario coa*, que pretende registrar las expresiones del mundo del hampa.

Señala en el prólogo: “Los delincuen-



GUSTOS Mucho se ha escrito sobre ellos

tes, quizás inconscientemente, crearon el Coa como una necesidad social, como un medio de defensa con respecto a las clases organizadas. Todas las jergas, prolongación o complemento de un idioma o de un dialecto, tendrían un principio idéntico”.

Las teorías lingüísticas del autor son más intuitivas que científicas. Su ignorancia de las disciplinas filológicas y de la historia de la literatura da a sus opiniones un matiz virginal digno de aprecio.

El gran reproche es que registra muchas expresiones como pertenecientes a la jerga, en circunstancias de que corresponden al habla corriente y en nada participan del carácter de ocultamiento o defensa que sería distintivo de la germanía del hampa. En muchos casos califica de coa al simple *chilenismo*: así palabras y expresiones como al apa, al tiro, andar con la caña, aquerencia, bolsero, cachurear, cocido, copucha...

Cuando reproduce palabras del coa, sigue con fidelidad los trabajos que a este argot han dedicado algunos especialistas. Sin embargo, ignora investigaciones importantes como las de Ambrosio Rabanales y Oreste Plath.

En la elección y explicación de las palabras jergales, Méndez Carrasco se muestra especialmente descriptivo en los aspectos sexuales de las significaciones. Muchos de sus vocablos son, más que palabras de coa, vulgares garabatos —los que en la ciencia del lenguaje reciben el nombre técnico de “sexolalias”—.

La pretensión seudocientífica sirve de barniz a un catastro léxico que no aporta contribución seria al estudio del habla popular y que muestra, al contrario, una suerte de regodeo complacido de poder escribir —y en letra de imprenta— procacidades. Da la impresión de una especie de acto compensatorio de estirpe freudiana.

Improcedente. No ha lugar.

Guillermo Ferrada ■